

á su casa diciendo: Vé á tu casa, y si entrases en el lugar (1), no se lo digas (*) á nadie. (San Márcos, VIII, 22 á 26)."

CAPITULO XLIII.

CONFESION DE SAN PEDRO, A QUIEN SON ENTREGADAS LAS LLAVES DEL CIELO.—JESUS PREDICE POR PRIMERA VEZ SU MUERTE, Y REPRENDE A SAN PEDRO.—CONDICIONES DE LA SALVACION.

"Y Jesus fué hácia la parte de Cesarea de Filipo, y preguntaba en el camino á sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y

(1) La palabra *kome*, *lugar*, significa también villa. De esta clase era Bethsaida, antes que el tetrarca Filipo la convirtiese en una gran ciudad y la llamase Julias, del nombre de Julia, hija de Augusto, y esposa de Tiberio. No ha de confundirse esta ciudad, situada á las márgenes orientales del lago, con Bethsaida en Galilea, lugar situado en las márgenes occidentales, de donde eran Pedro y Andrés. Bethsaida, significa *lugar de la pesca*. Entre nosotros se dan también nombres significativos á muchos pueblos, como Neustadt, Königsberg, Landshut, etc. El mismo tetrarca llamó Cesarea á la ciudad de Paneas, situada en las fuentes del Jordán, y se distingue de otra del mismo nombre, que se llamaba Cesarea de Filipo. La otra estaba situada á las orillas del mar, y antiguamente se le daba el nombre de Torre de Estraton.

(*) La incredulidad de los de Bethsaida los hacía indignos de ser testigos de la nueva maravilla que obró el Señor. Por esta incredulidad, ingratitude é insensibilidad, los confunde el Señor con los de Corozain, cuando dice (*Mat.*, XI, 21): *¡Ay de tí, Corozain! ¡Ay de tí, Bethsaida, etc.!* La economía que usó el Señor en curar á este ciego, siendo así que pudo hacerlo en un momento, es un símbolo de lo que sucede de ordinario en las curaciones espirituales de las almas. El Señor frecuentemente no lo da

ellos le dijeron: Unos, que es Juan Bautista, otros, que es Elías, y otros Jeremías ó uno de los profetas (1). Díceles Jesus: Y vosotros ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simon Pedro dijo: Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo. Mas respondiendo Jesus le dijo: Dichoso eres tú, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne, ni la

todo de una vez, aun cuando se lo pidamos, ya por la imperfección de nuestra fé, y ya también para avivar más y más nuestros deseos y esperanzas, con que nos dispongamos á una curación perfecta. (Nota del Ilmo. Scío al cap. VIII de San Márcos).

(1) En otra parte hemos visto que los fariseos creían en la metempsicosis; y como su levadura había corrompido gran parte del pueblo, no debemos extrañar que muchos judíos creyesen que el alma de Jesucristo había animado en otro tiempo el cuerpo de Elías, de Jeremías ó de otro profeta. Mas ¿cómo pudiera haber habitado el alma de Juan Bautista en el cuerpo de Jesus, supuesto que Jesus y Juan eran contemporáneos, y habían vivido juntos por espacio de treinta y dos años? Esta idea enteramente extraña, se fundaba también en los delirios de aquellas sectas que se han conservado entre los rabinos. En sus escritos se habla de una doble trasmigración de las almas: una de ellas no concuerda mal con la idea de los indios sobre la metempsicosis. Las almas de los perversos pasan, dicen aquellos, á otros cuerpos para hacer penitencia y fortificarse, y las almas de los justos para ennoblecerse. Aun algunos discípulos de Jesus no estaban todavía exentos de la opinión, según la cual se expían en una segunda vida en la tierra los pecados de una vida anterior, cuando á vista de un ciego de nacimiento preguntaban á nuestro Salvador (*San Juan*, IX, 2): "Maestro, ¿quién pecó, este ó sus padres, para que naciese ciego?" Esta pregunta se fundaba evidentemente en la idea que tenían de que aquel hombre, cuyo castigo venía desde su nacimiento, había pecado en una vida anterior sobre la tierra. Del mismo modo la idea del ennoblecimiento producía en mucha gente del pueblo la creencia de que el alma de algún profeta habitaba entonces en el cuerpo de Jesus, cuyas acciones los asombraban. Los rabinos quieren fundar la vuelta de las almas, con es-

sangre te revelaron esto, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del rei-

pecialidad, aquella cuyo objeto debía ser la expiación y purificación, en este pasaje del libro de Job (Cap. XXXIII, v. 29 y 30), en que dice Eliú: "Tales son los caminos de Dios sobre el hombre: así obra dos y tres veces (la expresión se explica también por *muchas veces*) para llamar su alma de la muerte, para restituir sus ojos á la luz de los vivos." Pero la idea de la expiación y del ennoblecimiento, se fundaba también en la opinión, según la cual, el espíritu de un muerto debía reunirse al alma de un vivo. Así, en sentir de los rabinos, debe el espíritu de Moisés, para llegar á mas alta nobleza, reunirse al alma del Mesías, á quien aguardan. De este modo creían algunos contemporáneos de nuestro Señor Jesucristo, que el alma de Juan Bautista se había reunido después de su muerte al alma de Jesús en un solo cuerpo. Hállanse diversas ideas monstruosas de este género en una conseja de los rabinos. Dicen estos, que el alma de Abel animaba el cuerpo de Moisés, y que en el egipcio que este había muerto, habitaba el alma de Cain. Cuando esta fué purificada, después de la muerte del egipcio, pasó al cuerpo de Jetro, suegro de Moisés, que vivía hacia ya mucho tiempo, y reunida al alma de este, habitaba desde entonces un solo cuerpo en comun.

Hallamos también en Josefo, que era sabio, pero fariseo, algunos pasajes que se refieren á este punto. Dice, que según la opinión de aquella escuela, las almas de los muertos son recompensadas ó castigadas debajo de la tierra: que los malos tienen que sufrir una pena eterna; pero que los justos quedan en libertad de volver á animar nuevos cuerpos. El mismo autor atribuye el estado de los posesos á las almas de hombres malos, que en cuanto dejan su cuerpo en el instante de la muerte, pasan para librarse del castigo merecido á los cuerpos de hombres vivos que atormentan, tientan y se empeñan en perder de todas maneras. Mas esta opinión parece que fué particular de Josefo, porque los fariseos, y en general los judíos, sabían bien que había demonios en los posesos. Tampoco desconocen los rabinos la idea de los indios sobre el paso de las almas á los animales y á

no de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será atado también en los cielos (*); y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado también en los cielos. (San Mateo, XVI, 13 á 19, San Marcos, VIII, 27 á 29, y San Lucas, IX, 18 á 20)."

San Lucas hace observar, que nuestro Salvador había orado antes de dirigir á sus discípulos esta pregunta: ¿Quién dice la multitud que soy yo? Sin duda el pontífice eterno pedía en esta oración, conocimientos de un orden mas elevado para el que debía ser su vicario algún día sobre la tierra. Así le hemos visto ir al monte y pasar la noche solo, en oración, antes de elegir entre sus discípulos, los doce apóstoles destinados á una misión mas sublime.

Juzguen nuestros hermanos, separados de esta Igle-

los cuerpos animados; sin embargo, todos creen, según lo hicieron los antiguos fariseos, en la resurrección al fin del mundo. Si la sensatez se inclina naturalmente á hallar un punto de comparación y reunión en las cosas que se ocultan al comun de los hombres, la extravagancia encuentra fácilmente el medio de reunir los sueños mas ridículos, por mas contradictorios que parezcan ó lo sean en efecto, y ajustarlos con la verdad, como en el caso presente.

(*) Esta es una locución metafórica, y el sentido es este: Dios solo es el que puede perdonar los pecados, y así, te doy esta potestad; y para esto puedes exhortar, corregir y castigar á los rebeldes, usando de toda la autoridad del mismo Dios, para concederles ó negarles la absolución, según las reglas del Evangelio y la luz del Espíritu Santo. Y esto es lo que generalmente se entiende por estos términos figurados, *atar* y *desatar*. Y añade el Señor, que todo sería confirmado por el que es la cabeza suprema de toda la Iglesia, y está en el cielo sentado á la derecha del Padre. (Nota del Illmo. Scio al cap. XVI de San Mateo).

sia fundada sobre la piedra, si pudo el Hijo de Dios expresarse en términos mas enérgicos y claros, para dar á San Pedro una primacía sobre los otros apóstoles, que no puede ponerse en duda, y que llevaba un designio. Mas como este primado del apóstol y de sus sucesores, no se funda en este solo pasage, y la importancia de la materia exige que se trate mas por extenso, me propongo dedicar á ella, mas adelante, una disertacion particular.

“Entonces mandó á sus discípulos que no dijese á nadie que él era Jesus el Cristo. (San Mateo, XVI, 20, San Márcos, VIII, 30, y San Lúcas, IX, 21).”

Nuestro Señor en sus discursos, hacia pasar al pueblo, á sus discípulos y apóstoles, de un grado á otro. El pueblo que veía en él un profeta, no estaba aún maduro para conocimientos mas elevados. La idea de un Mesías que debía ser escarnecido y crucificado, los hubiera desviado de Jesucristo, á ellos que conservaban una esperanza carnal del Mesías; y si hubieran dirigido sus miradas mundanas hácia él, les hubiera chocado mucho mas el escándalo de la cruz. Entonces solo juzgó conveniente iniciar á sus apóstoles en el misterio de su muerte.

“Despues empezó Jesus á declarar á sus discípulos, que convenia que él fuese á Jerusalem, y sufriese mucho de los ancianos y de los escribas, y de los príncipes de los sacerdotes, y que fuese muerto y resucitase al tercer dia. Y hablaba públicamente. Y cogiéndole

Pedro aparte, comenzó á disuadirle diciendo: Lejos de tí esto, Señor (1): no te sucederá eso. Y volviéndose Jesus dijo á Pedro: Retírate de mí, Satanás (*): tú eres escándalo para mí, porque no sabes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres. (San Mateo, XVI, 21 á 23, San Márcos, VIII, 31 á 33, y San Lúcas, IX, 22).”

Jesucristo queria manifestar, dice San Juan Crisóstomo, cuán dispuesto estaba á sufrir voluntariamente todo lo que habia predicho. Por eso reprendió á Pedro que trataba de disuadirle, queriendo mostrarle que juzgaba solo por fines humanos, cuando la idea de la pasion y muerte del Hijo de Dios, le inspiraba tanta repugnancia, y que la sabiduría humana no debía medir la sabiduría divina, cuyos adorables designios son infinitamente superiores á la inteligencia corrompida de los hombres. “Nadie, pues, continúa el santo doctor, se ruborice de este signo venerable de nuestra salud, de esta fuente de todos los bienes, y de la vida espiritual en nosotros. Engalanémonos mas bien con la cruz, como

(1) *Ileos soi, kurie*, es decir, *Theos*. Véase aquí lo que se halla con esta misma elípsis en los Setenta: *ileos umin, me phobeisthe* (Gen., LXIII, 22), y *ileos moi* (II de los Reyes, XX, 20).

(*) Satanás, como dejamos explicado (Cap. IV, 10), significa contrario: y le llama así, porque se oponia á la voluntad del Padre, y á la de Jesucristo, que era redimir al hombre por medio de su pasion y muerte. Se pueden cotejar estas palabras del Señor á San Pedro, con las que le dijo cuando confesó su divinidad, y se verá la diferencia que hay de un hombre dejado en manos de su consejo, á él mismo asistido de la divina gracia. (Nota del Illmo. Scio al cap. XVI de San Mateo).

con una corona honrosa, porque por esta cruz se obró nuestra redencion. (San Chrys. in Math. Hom. LV)."

Continuemos la historia de nuestro Señor: "Entonces dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame: porque el que quisiere salvar su alma, la perderá; mas el que perdiere su alma por mí, la hallará. Porque ¿de qué aprovecha al hombre, aunque gane todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, en medio de esta generacion adúltera y pecadora, tambien el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando viniere con los ángeles santos en la gloria de su Padre. Y les decia: En verdad os digo, que hay algunos de los que están aquí presentes, que no probarán la muerte hasta que vean llegar el reino de Dios en su magestad. (San Mateo, XVI, 24 á 28, San Márcos, VIII, 34 á 33, y San Lucas, IX, 25 á 27)."

Aunque al parecer, Jesus no habla á sus discípulos mas que del martirio que los esperaba, sin embargo, es claro que habla de otra muerte que debemos sufrir todos mientras vivamos, si queremos ir á él algun dia: habla menos de la cruz en que debian ser clavados algunos discípulos suyos, que de la que debemos tomar *todos los dias* sobre nosotros si queremos seguirle. El evangelista San Lucas advierte terminantemente que lo decia, no solo á sus discípulos, sino *á todos los hombres*. El Salvador habla de la muerte del hombre viejo, de la

muerte del amor propio. Esta muerte no se verificará en los santos sino cuando pueda verificarse enteramente en este mundo, y exige combates sin término, porque el amor propio está siempre pensando en abrogarse lo que es de Dios, y en manchar la virtud de los que han renunciado á las concupiscencias groseras. Quiere referirlo todo á sí; mas el espíritu de la religion de Jesucristo consiste en que lo refiramos todo á Dios. El amor propio se mira como el fundamento y el fin de nuestros pensamientos, palabras y acciones; y todo aquello cuyo fundamento y fin no es Dios, es vano. Este amor propio tuvo su origen, así como nuestra mortalidad, en la caida de los primeros hombres; y á la manera que la mortalidad trabaja desde nuestro nacimiento en la destruccion del hombre exterior, así el amor propio se esfuerza en destruir el hombre interior. Si la muerte es formidable, es por el amor propio: aniquilémosle, y la muerte vendrá á ser nuestra amiga, y nos abrirá la puerta de la vida eterna.

El amor propio domina el mundo, porque éste está separado de Dios, y el mundo le sirve con un celo infatigable; pero se avergüenza de su soberano. El arte á que aspiran los hijos del siglo, consiste en disfrazar su egoismo continuo para parecer complacientes y aun generosos cuando solo buscan sus propios intereses. *Tener mucho mundo* significa saber hacer fácilmente el papel de la disimulacion, y en efecto, es fácil de representar, porque pocos hombres quitan la máscara á sus

semejantes: los mas de ellos aparentan ser engañados, y se figuran que engañan. Tampoco es raro que se engañen á sí mismos, y las mas veces cuando el amor propio de las almas sensibles se nutre de los sentimientos nobles de un falso amor, que en suma no es mas que una fruicion personal de aquellos sentimientos. La claridad engañosa de estos fuegos fatuos que extravian, se debilita á la luz de la religion, es decir, á la luz de Dios, y se ve el cieno que los engendra. Cuando empieza á dominar el amor de Dios, trae consigo el verdadero amor del prójimo como su secuela, y nos enseña, segun la expresion de Jesucristo, *á cumplir la verdad*: nos enseña la vigilancia que se cree difícil, el conocimiento de nuestras miserias naturales que aflige, los deberes que parecen terribles, la caridad sincera para con nuestros hermanos (Epístola I de San Pedro, I, 22), que es muchas veces ignorada; en una palabra, nos impone una cruz (1) que tendremos que llevar durante nuestra corta peregrinacion; pero que si se lleva con fidelidad, se hace siempre mas ligera y regocija ya en este mundo por la única cosa que puede regocijarnos verdaderamente por el amor. El yugo del mundo, que es muy pesado, se hace cada vez mas, y sus ilusiones extravagantes

(1) Todo el pasage del Apóstol se refiere á este objeto: "Purificad vuestras almas con la obediencia de la caridad, con el amor de la fraternidad, y amaos mutuamente con mas perseverancia y con un corazon sencillo; habiendo sido engendrados de nuevo, no de una semilla corruptible, sino incorruptible por la palabra del Dios vivo y eterno. (Epist. I de San Pedro, I, 22 y 23)."

tes se disipan insensiblemente con el cuerpo que se deteriora, ó de repente delante del precipicio abierto, delante del abismo de la eternidad.

Estas palabras de Jesucristo: "En verdad os digo, hay aquí algunos de los que están presentes, que no probarán la muerte hasta que vean llegar el reino de Dios en su magestad," se han explicado de muy diferentes maneras. Los unos ven en ellas la destruccion de Jerusalem; pero solo San Juan sobrevivió á esta ruina. Otros ven la última venida de Jesucristo: esto no merece ninguna respuesta. Otros las aplican á la resurreccion y ascension de Jesucristo, á que sobrevivieron *todos* los discípulos, y que presenciaron con sus ojos. Por último, otros quieren que se refieran á la propagacion del Evangelio. Esta opinion pudiera ser la mas verosímil, especialmente segun las palabras de San Lúcas: *Hasta que hayan visto el reino de Dios*, y de San Márcos: *Hasta que vean llegar el reino de Dios en su magestad*; si no se opusiera la circunstancia que *todos* los apóstoles, excepto Santiago el Zebedeo, sobrevivieron á la propagacion del Evangelio. Por consiguiente, no queda duda alguna de que el Hijo de Dios quiso hablar de su trasfiguracion verificada de allí á seis dias, teniendo por testigos á Pedro, Santiago y Juan. Tal es tambien la explicacion que dan los mas de los intérpretes antiguos y modernos; y la serie del discurso viene á ser muy natural, porque Jesucristo habia hablado contra el escándalo de la cruz, y nada podia destruirle mas eficazmente

que la trasfiguracion. San Pedro afirma, que produjo este efecto, segun demostraré en el capítulo siguiente.

LIBRO CUARTO.

Desde la trasfiguracion de Jesucristo hasta su entrada en Jerusalem.

CAPITULO PRIMERO.

TRASFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

“Y despues de seis dias (1), tomó Jesus á Pedro y Santiago, y su hermano Juan, y los llevó aparte á una montaña elevada, y se trasfiguró delante de ellos (*), y su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras se

(1) Estas son las expresiones de San Mateo y San Márcos; pero San Lucas dice, *unos ocho dias despues*. Este cuenta, segun la costumbre de los hebreos, el dia en que Jesucristo revistió á Pedro de su dignidad, y el de la trasfiguracion.

(*) Texto griego: *brillantes como la luz*. Este monte en donde se trasfiguró el Señor, fué el Tabor, como se cree, segun la antigua y constante tradicion de la Iglesia. Dista dos leguas de Nazareth por la parte oriental. (Nota del Illmo. Scio al cap. XVII de San Mateo).

volvieron blancas como la nieve (1). Y he aquí que se aparecieron (*) Moises y Elías hablando con él de su salida del mundo, que habia de cumplir en Jerusalem. Mas Pedro y los que estaban con él, se hallaban sepultados en el sueño; y cuando despertaron, vieron su magestad, y los dos varones que estaban con él. Y cuando se alejaron de él, dijo Pedro á Jesus: Maestro, es bueno que nosotros estemos aquí y hagamos tres tiendas, una para tí, una para Moises, y una para Elías (**); y no sabia lo que decia, porque estaban sobrecogidos de miedo. Y estando aun hablando, apareció una nube y los cubrió, y temieron al entrar en la nube. Y salió una voz de la nube, que decia: Esté es mi Hijo amado, en quien he puesto mi complacencia: oidle. Y al oir los

(1) El texto griego de San Mateo, dice: *Sus vestiduras se pusieron brillantes de luz*. San Lucas: *Su vestido pareció blanco y resplandeciente*. Por último, San Márcos: *Sus vestiduras se volvieron resplandecientes como la nieve*.

(*) *Se les aparecieron*, esto es, vieron ellos á Moises y á Elías, los cuales representaban la ley y los profetas, dando testimonio del Evangelio. (Nota del Illmo. Scio al cap. XVII de San Mateo).

(**) San Pedro no se habia aprovechado de la severa reprehension que el Señor le hizo, y parece que no tenia aun gusto sino de las cosas humanas; porque no contaba con las antiguas profecías, ni con lo que trataban entre sí, el Señor, Moises y Elías. No osaba oponerse á las claras á que padeciese su Maestro, porque le habia tratado de contrario en otra ocasion que quiso resistirle; pero lo procuraba como por ciertos rodeos. (*San Chrysost. in Matth. Hom. LVII*). Todo esto lo hablaba *sin saber lo que se decia*, como lo explica San Márcos, IX, y San Lucas, IX, 33, puesto que de este modo se oponia á la redencion de todos los hombres, y á la suya propia. (Idem idem).